

¿Y SI ALGUNO DE NUESTROS HIJOS DICE QUE TIENE VOCACIÓN RELIGIOSA?

ISAAC ESTÉVEZ SÁNCHEZ, OSA - EDUARDO DANIEL RODRIGUEZ GONZÁLEZ, OSA

I. ¿TE SUENA...?

- *Papá, quiero ser agustino.*
- *No hijo, ni en broma; tú, abogado como yo.*

- *Mamá de mayor quisiera ser como los sacerdotes de mi colegio. Y no me llames iluso porque tenga una ilusión.*

- *Papá, me gustaría entregarme a Dios siendo religiosa agustina.*
- *Antes haz una carrera y luego ya veremos. El futuro hay que tomárselo en serio, hija.*

¿Pensáis que hay que mirar muchos al pasado para encontrarse con estos diálogos o algún día se ha escuchado en vuestra casa algo semejante?

La realidad familiar está cambiando a un ritmo de vértigo. Atrás quedaron los deseos familiares de ofrecer un hijo a Dios con la intención de que fuera – en el futuro – un sacerdote santo al servicio del pueblo de Dios o una hija religiosa dedicada a la enseñanza o a los más necesitados. Hoy muchas familias viven despreocupadamente el proceso de la educación religiosa de sus hijos y hasta siguen de lejos por dónde andan sus inquietudes. Si participan en la vida sacramental, mantienen alguna relación con la Iglesia y Dios está presente en sus vidas, tampoco es algo que admite la categoría de importante. Lo primero son los estudios, las compañías, las salidas de noche, esa red peligrosa de las drogas... Los desvelos de santa Mónica para que su hijo Agustín fuera cristiano pertenecen al siglo IV y no al siglo XXI.

También hay familias capaces de orar por las vocaciones porque no todos consideran que los sacerdotes o los religiosos sean prescindibles, pero – con frecuencia – su oración es con condiciones: *“Llama, Señor, a muchos jóvenes, pero no se te ocurra fijar tu mirada en uno de nuestros hijos”*.

Por eso hay que decir con claridad, que faltan *promotores* y *acompañantes* vocacionales familiares. No vale decir que es una tarea imposible. Hay que comenzar por hacer sitio a Dios en la propia familia y que lo religioso esté presente en la vida cotidiana como cada mañana el pan caliente. Hablar de *lo religioso* no puede suponer un añadido artificial, sino la presencia de un Dios vivo, un aire que se respira, unos valores que presiden la vida familiar, un domingo con Eucaristía, un icono de María que, además de motivo decorativo atrae la mirada y la oración de todos, una actitud solidaria que significa colaborar habitualmente con Cáritas de la parroquia, Manos Unidas...

En muchos casos, sin embargo, la realidad es muy distinta. El decorado familiar es otro y las expectativas sobre los hijos van por los caminos de una especialización universitaria que – despejada la incógnita de la Declaración de Bolonia –, garantice un trabajo profesional bien remunerado y un futuro confortable. Los verbos que se conjugan reiterativamente son competir, triunfar, progresar...Desde luego, no son verbos malditos, pero es un vocabulario insuficiente a la hora de la educación. En esta tierra no tiene que extrañarnos que la semilla de la vocación religiosa no pueda echar raíces. Por eso si un hijo o una hija se descuelga un día diciendo que quiere *ser un puente para que pasen todos, sin retener a nadie*, se disparan todas las alarmas. ¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¿Crees tú que nos merecemos esto? ¿Y cuando seamos mayores? ¿A una residencia como los vecinos del tercero? ¿Es que no se puede amar y servir a Dios en el matrimonio? El egoísmo es ingenioso y en un momento se multiplican las impugnaciones, los argumentos y las réplicas.

Quede claro que el matrimonio es un sacramento y que es inútil entretenerse en comparar vocaciones como si hubiera que superponer una sobre otra. Se trata de abrir de par en par las ventanas de la libertad, de no ocultar interesadamente posibilidades, de afirmar rotundamente que la vida religiosa o el sacerdocio son opciones tan válidas y caminos de felicidad como otros.

Un catedrático de Pedagogía de la Universidad Pontificia de Salamanca – ya muy emérito – decía que “los sacerdotes no caen del cielo con los bolsillos repletos de estrellas y la boca llena de bendiciones. Los sacerdotes nacen en una familia. Es en su familia donde han aprendido a decir *padre, madre*. Al principio con sólo minúsculas. Luego, sólo luego, con mayúsculas: *Padre* (que estás en los cielos), *Madre* (de Jesús y nuestra), *Hermanos* (todos los hijos de Dios). ¡Es tan fácil comprender el amor de Dios cuando nuestros padres se han amado, cuando nuestros padres nos han amado!”.

El texto de Jorge Sans Vila sobre los sacerdotes, se podría extender a las religiosas y decir que las religiosas no fueron jóvenes apocadas y timoratas que decidieron ser *monjitas* desde los primeros años, sino mujeres de alma ancha. Cada una de ellas pudo ser “la perfecta casada”, pero unas decidieron ayudar a crecer a los niños – pequeños en estatura y en cristianismo – y otras vivir con los pobres en esos hoteles de mil estrellas que son las casas desvencijadas que permiten ver el cielo cada noche. Historias personales difíciles de entender para la sabiduría de este mundo.

Unos y otras se mueven por la autopista de la libertad, se realizan como personas y no tienen ni más ni menos *traumas* ni sinsabores que el resto de los mortales. Por lo tanto, la vocación religiosa o sacerdotal no es una desgracia y tampoco equivale a tener un hijo o una hija en Irak.

Hace algunas décadas era todo al revés y un hijo o hija religioso casi era un prestigio. Dios había tenido el detalle de fijarse en nuestra familia. Por eso la familia – los padres fundamentalmente – se convertían en *promotores* y *acompañantes* de las vocaciones. También hay que decir que – viajando más atrás en el tiempo – un seminario o un juniorado ofrecían, especialmente en los ambientes rurales, la posibilidad de acceder a unos estudios. Más aún, cuando los medios económicos eran escasos.

Esto no resta un ápice a la validez de tantas llamadas de Dios sirviéndose de mediaciones de todo tipo. Nadie se habrá imaginado que Dios actúa al margen de realidades y circunstancias a veces imprevisibles. Así ha sido a través de toda la historia y seguirá actuando de este modo porque todavía no se ha dado el caso de que suene un teléfono – hoy habría que hablar de un móvil – y te sorprenda una voz, más bien grave, diciendo; Soy Dios y he pensado en ti como hace siglos cité por su nombre a Moisés, a Rut, Esther, a María, a Pedro, a Juan o a Pablo. La lista no es cerrada y no hay razón para sorprenderse que también hoy Dios llame y ser fraile, monja o cura sea tan normal como el matrimonio, el ingreso en la Escuela de Arquitectura o preparar oposiciones para la administración. Con un matiz importante: la vocación sacerdotal y religiosa está respaldada por una motivación religiosa y va unida a la entrega de la vida entera porque Dios es pasión, el matrimonio no tiene que ser necesariamente religioso y la profesión ocupa un tiempo del horario.

Una cosa es ser voluntario o voluntaria que entrega generosamente unas horas de su vida a las actividades de una ONG, y otra *“mantener siempre atento el oído al grito del dolor de los demás y escuchar su llamada de socorro...conservar la mirada siempre alerta y los ojos tendidos sobre el mar en busca de algún náufrago en peligro”*.

La sociedad actual nos plantea un cuadro de valores y prioridades que no coinciden con los valores del Evangelio. En ocasiones, hasta son dos ofertas contradictorias y excluyentes. Entonces, ¿hay que desmarcarse de la sociedad para vivir la fe con dignidad? ¿Evangelio de Jesús es igual a gueto? Pues no, aunque un joven cristiano pueda parecer un trébol de cinco hojas o un perro verde.

Un semanario de información religiosa se preguntaba: ¿Qué pinta Dios en la vida de los jóvenes? Y resulta que Dios pinta – y mucho – en historias juveniles desconocidas. *Dios me ama y me invita a amar hasta el extremo...Me anima a no conformarme y a vivir a tope la vida...Es una presencia, silenciosa pero constante, que me va guiando día tras día, mostrándome el camino que quiere para mí, recordándome con sus palabras que si este mundo tiene sentido es porque él está con nosotros y nos ama...Soy capaz de imaginarme mi vida, dentro de unos años, de muchas maneras diferentes: con amigos o sin ellos, casado o no, con dinero o sin él, con trabajo o en el desempleo...pero soy incapaz de imaginarme mi vida sin Dios...Cuando una cree firmemente en que el amor de Dios todo lo puede, y que sólo Dios basta..., es entonces cuando la capacidad de soñar se multiplica...Dios es el silencio y la respuesta de mi vida...Con Dios vivo en un cuadro impresionista o, más bien, impresionante, que cada día llena mi vida de un color distinto y vivo...Para mí Dios es todo, amor, reflexión...pero, sobre todo, es paz cuando me siento mal conmigo misma o cuando sé que puedo hacer daño a los demás sin darme cuenta”¹.*

Son respuestas de jóvenes terrícolas – no extraterrestres –, que pueden compensar tantas voces pesimistas que hablan de una juventud perdida. También abundan los agoreros que proclaman el declive y hasta la

¹ Revista *Vida Nueva*, Pliego “50 jóvenes y Dios”, nº 2635, 7 de noviembre de 2008.

disolución de la realidad familiar para dar paso a otros modelos (monoparentales, parejas de hecho, matrimonios homosexuales...). Es verdad que la vida en familia se ha hecho más compleja porque se ve afectada por cambios y convulsiones que hacen tambalearse todas las instituciones. No es fácil, por eso, que los jóvenes encuentren indicadores claros y testigos valientes. A pesar de todo, la familia es la institución más valorada por los jóvenes en los estudios más actuales sobre la juventud española. Pedro González Blasco – que es licenciado en Ciencias Físicas y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid – no duda en afirmar, con datos fiables en la mano, que *“la familia es el locus básico y fundamental para la mayoría de personas, donde éstas residen humanamente, a veces se refugian y siempre viven y conviven. Es la mayor y mejor residencia de ancianos del país, la institución más eficaz para paliar el paro, el mejor y más amplio hospital para enfermos y muchas dolencias y en algunos casos el único sanatorio donde cuidar enfermedades o deficiencias físicas o psíquicas que no son públicamente atendidas. Va siendo casi uno de los ya escasos grupos donde te identifican como persona integral y concreta, por quien eres y no por lo que haces, tienes o puedes”*. La paradoja se da cuando – a pesar de tener la familia una alta cotización –, al mismo tiempo se descuidan aspectos fundamentales que pueden dar sustento a la realidad familiar. Es decir, se quiere levantar un edificio estable y se descuidan los cimientos de unos valores trascendentes y de unas actitudes básicas de respeto mutuo, sacrificio, sinceridad... El resultado es un ambiente familiar frío, de convicciones movedizas, inconsistentes, donde se vive, pero no se convive ni se comparte lo mejor de la vida.

Los mismos jóvenes dicen que para ellos la institución más valorada es la familia., por delante de los amigos. Este dato – refrendado por los estudios sociológicos de la Fundación Santa María – debiera servir de alerta para los padres. No es verdad que los jóvenes vivan desconectados de su familia o que los mensajes más convincentes los reciban desde otras instancias. Lo que sucede es que si la familia incumple su función, ese espacio pueden ocuparlo otros agentes formativos e informativos. A pesar de las dificultades con que se enfrenta el núcleo familiar, continúa siendo el lugar privilegiado por excelencia donde los hijos encuentran acogida y seguridad, cariño y comprensión, escucha permanente y espacio de autorrealización personal.

Estamos ante la primera y gran *escuela de humanidad*, donde se aprende – porque se ve – lo más importante de la vida. En la familia damos los primeros pasos, pronunciamos las primeras palabras, vivimos en un clima de amor y comenzamos a distinguir lo bueno de lo malo, nos preparamos para construir nuestro proyecto vital, tejemos los sueños de felicidad, deshojamos las posibilidades que nos ofrece el futuro...

La educación de los hijos proyecta y abre un genuino manantial de esperanza para los padres que desean lo mejor para sus hijos y – a ser posible – que se vean a salvo de todas las dificultades y tropiezos. Se procura, por todos los medios, que los hijos crezcan en el ambiente más adecuado, En palabras de san Agustín, diríamos: “Como una madre ama dar de comer a su hijo pequeño, pero no ama que se quede pequeño, sino que crezca, el

buen maestro debe dar con amor a sus pupilos el alimento apropiado para que llegue el día en que, habiendo crecido, ellos mismos puedan procurarse su propio alimento” (*Sermón 23, 3,3*).

Por otra parte – y a pesar de que socialmente es cotizada la familia – no se puede ignorar que hoy es una realidad frágil que hay que cuidar, proteger, defender y educar. ¿Qué cómo se educa la familia? ¿Quién puede proporcionarle elementos de crecimiento? ¿De qué manera se puede incorporar la fe a la construcción de la familia? ¿Con qué recursos contamos? Son preguntas, tareas y desafíos que no se pueden soslayar. Una oferta puede ser la espiritualidad agustiniana. Conocer a san Agustín – sobre todo su mensaje vital, su experiencia humana y religiosa – puede ser una ayuda para *crecer en familia* y preparar ese suelo fértil donde pueda nacer y desarrollarse la vocación religiosa de un hijo o de una hija.

- ¿Cuál es la realidad concreta de vuestra familia?
- ¿Cómo creéis que valoran los hijos vuestra familia?
- ¿Cuáles son los problemas y dificultades que se os presentan como padres a la hora de educar a vuestros hijos?

II. SAN AGUSTÍN: UN SANTO DE ANDAR POR CASA...

“Cierta día, la profesora, queriendo saber si todos habían estudiado la lección solicitada, preguntó a los niños quién sabría explicar quién es Dios. Uno de los niños levantó el brazo y dijo:

- *Dios es nuestro Padre. Él hizo la tierra, el mar y todo lo que hay en ella. Nos hizo como hijos suyos.*

La profesora, queriendo buscar más respuestas, fue más lejos:

- *¿Cómo saben que Dios existe, si nunca lo han visto? La sala quedó toda en silencio.*

Pedro – un niño muy tímido – levantó la mano y dijo:

- *Mi madre me dijo que Dios es como el azúcar en mi leche que ella prepara todas las mañanas. Yo no veo el azúcar que está dentro de la taza en medio de la leche, pero si ella me lo saca, queda sin sabor. Dios existe y está en medio de nosotros, sólo que no lo vemos. Pero si Él no está, nuestra vida queda sin sabor.*

La profesora sonrió y dijo:

- *Muy bien Pedro, yo les enseñé muchas cosas, pero tú me enseñaste algo más profundo que todo lo que yo ya sabía. Yo ahora sé que Dios es nuestro azúcar y que está todos los días endulzando nuestra vida.*

Le dio un beso y salió sorprendida con la respuesta de aquél niño.

La sabiduría no está en el conocimiento, pero sí en la vivencia de Dios en nuestra vida, pues teorías existen muchas pero dulzura como la de Dios no existe todavía ninguna”.

(Antonio Pestana)

Cada uno de nosotros descubre su vocación en el seno de la Iglesia de la mano de las experiencias vividas y compartidas con los otros y con el Otro. *“La Iglesia, enviada al mundo para proseguir la misión del Salvador, está en continuo estado de vocación y se enriquece a diario con múltiples carismas del Espíritu. En la íntima unión de amor y fe con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, encuentra la garantía de un nuevo florecimiento de vocaciones sacerdotales y de especial consagración”.* Son palabras de Juan Pablo II en su discurso al Congreso Europeo sobre Las Vocaciones Sacerdotales y Religiosas, en 1997.

En el regazo materno de la Iglesia tienen lugar todas las vocaciones. La familia es – o tiene que ser –, el primer seminario, el primer juniorado y la primera escuela matrimonial. Decía un gran sacerdote periodista – José Luis Martín Descalzo –, que hay familias que empujan a ser, otras que frenan y otras que sostienen. Los padres – desde la edad más tierna de sus hijos –, les comunican – con el ejemplo y las palabras –, una sincera y auténtica relación con Dios, hecha amor, fidelidad, oración y obediencia. La primera idea que un niño tiene de Dios no es lo que ha escuchado en el colegio, sino que Dios equivale a la imagen de los propios padres.

Los padres son los primeros catequistas y los transmisores de algo tan abstracto como puede ser – en los primeros años –, Dios, la bondad, el perdón la justicia... También qué es eso de poder hablar y escuchar a Dios en la oración, hablar con él y hacerle preguntas. Una de ellas – indispensable para cualquier cristiano – es: ¿qué quieres de mí?

Jorge Sans Vila – a quien ya citamos anteriormente – escribe: *“Yo nunca llegaré a ministro de Educación. Ni a subsecretario. Ni a director general. Ni lo quiero. Pero... sí me gustaría mandar algo en ese ministerio durante 24 horas para regalar a todas las escuelas, colegios, institutos, universidades y escuelas profesionales un póster con estos versos de Gabriela Mistral, para que figurasen en todas las aulas de nuestra tierra.*

Toda la naturaleza es un anhelo de servicio.

Sirve la nube,

sirve el viento,

sirve el surco.

Donde haya un árbol que plantar, plántalo tú,

donde haya un error que enmendar, enmiéndalo tú,

donde haya un esfuerzo que todos esquivan, acéptalo tú.

Sé el que aparte la piedra del camino,

el odio entre los corazones

y las dificultades del problema
El servir no es faena sólo de seres inferiores.
Dios, que da el fruto y la luz, sirve.
Pudiera llamársele así: el que sirve.
Y tiene sus ojos fijos en nuestras manos
y nos pregunta cada día:
¿serviste hoy?
¿a quién?
¿al árbol, a tu amigo, a tu madre?

Y el catedrático emérito de Salamanca concluye: “*no daría ningún título a nadie sin antes examinarle bien sobre la activa de este verbo. La pasiva, no hace falta*”.

Dios llama y llama *para servir*. La llamada siempre es gracia – como cuando te distinguen con una invitación singular – y la respuesta forma parte de la responsabilidad humana. Es aquí donde la familia puede hacer de freno, puede ayudar a ahuyentar miedos u ofrecer la compañía más amable para rezar juntos el Padrenuestro y silabear aquello de *há-ga-se tu vo-lun-tad*...aquí, en nuestra familia y en la historia personal de nuestro hijo o nuestra hija.

En el Congreso sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa – celebrado en Roma del 5 al 10 de mayo de 1997 – se exhortaba a niños, jóvenes, padres, educadores y al pueblo en general, diciendo:

Os escribimos a vosotros, niños, adolescentes y jóvenes...

... para que en la elección de vuestro futuro acojáis el proyecto que Dios tiene sobre vosotros: sólo seréis felices y plenamente realizados si os disponéis a realizar el plan del Creador sobre la criatura. Cuánto deseáramos que este escrito fuese como una carta dirigida a cada uno de vosotros [...] Una carta en la que podáis reconocer vuestros problemas, la preguntas que anidan en vuestro corazón joven y las respuestas que vienen de Aquél que es el amigo perennemente joven de vuestras almas, ¡el único que os puede decir la verdad!

...a vosotros, padres

... llamados por Dios a colaborar con su voluntad de transmitir la vida, y a vosotros educadores, docentes, catequistas y animadores, llamados por Dios a colaborar de varias formas en su designio de educar para la vida. Querriamos deciros cuánto aprecia la Iglesia vuestra vocación, y cuánto se confía a ella para promover la vocación de vuestros hijos y alumnos y una verdadera y auténtica cultura vocacional.

Vosotros, padres, sois también los primeros y naturales educadores vocacionales, mientras que vosotros, educadores, no sois sólo instructores que orientan en las opciones existenciales: estáis llamados, también, a transmitir la vida a las jóvenes existencias que abris al futuro. Vuestra fidelidad a la llamada de Dios es mediación preciosa e insustituible para que vuestros hijos y alumnos

puedan descubrir su vocación personal, para que ‘tengan vida y la tengan en abundancia’ (Jn 10,10).

Los agustinos y agustinas no somos los propietarios de la espiritualidad ni del pensamiento de san Agustín. Herederos y distribuidores, sí. Y los hombres y mujeres de hoy – como los de todos los tiempos – tienen derecho a que nosotros destilemos espíritu agustiniano, los jesuitas ignaciano y los salesianos la creatividad pedagógica y pastoral de Don Bosco. Una tarea más exigente y difícil que entregar una torre de libros para que sea la lectura de varios meses.

Un Capítulo General de una Orden es como un cónclave, pero unas cuantas tallas más pequeño. Se elige a un nuevo Superior o Superiora para todo el Instituto religioso y se suelen estudiar y discutir los temas más importantes y urgentes. Menos de un mes de reuniones, nada. Pues en el Capítulo de los agustinos celebrado en Roma – al lado de la Plaza de San Pedro – en septiembre de 2007 se dijo: *“La figura y el mensaje de san Agustín despiertan simpatía en los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Estamos llamados a hacer con ellos un camino de fe y de formación en la espiritualidad agustiniana, con el fin de construir y ofrecer el mismo Reino de Dios. Es importante ofrecer a los laicos agustinos – familias – los medios más adecuados para su formación personal y para su testimonio de vida cristiana, para que también ellos, con nosotros, se conviertan en promotores de la espiritualidad agustiniana en el mundo y en la Iglesia”.*

Podemos fijar la espiritualidad agustiniana sobre cinco grandes pilares:

- **La *comunidad*:** “Tened – también en la familia –, una sola alma y un solo corazón orientados hacia Dios” (*Regla*, I, 3). Cultivar el diálogo y la corrección fraterna, que Dios sea uno más de la familia y, en vez de buscar el consenso de los políticos, nos empeñemos en tener un solo corazón.
- **La *interioridad*:** “No te desparrames. Concéntrate en tu intimidad. La Verdad reside en el hombre interior” (*La verdadera religión* 39, 72). La familia es el espacio privilegiado donde desarrollamos la comprensión de nosotros mismos desde la presencia permanente de Dios en nuestra vida. Fomentar la oración – que es ejercicio de interioridad y grito del corazón –, el crecimiento y el conocimiento personales, la autoestima... Son aspectos que tienen que aparecer en toda familia cristiana.
- ***Inquietud* y *búsqueda incesante de la Verdad*.** “El hombre es de Dios, es en Dios y es para Dios” (*El combate cristiano* 14, 16). Es importante la lectura en familia, la educación en el valor del estudio y el esfuerzo en la vida, el discernimiento compartido, la profundidad en los temas a dialogar, conocer otras realidades del entorno...
- ***La Iglesia*:** El compromiso con la Iglesia: “Amemos a Dios como a Padre y a la Iglesia como madre”, señala san Agustín (*Comentarios a los Salmos* 88, 2, 14). Sentirse miembros vivos de la Iglesia, colaborar con la

Iglesia, participar de sus problemas. Preocuparse por conocer su doctrina, sus actividades...

□ **El compromiso y la opción por los pobres:** Es el imperativo social de la vida cristiana. La solidaridad no es beneficencia, sino justicia. Así lo señala de forma clara san Agustín: “Las cosas superfluas de los ricos son las necesarias de los pobres. Se poseen bienes ajenos cuando se poseen bienes superfluos” (*Comentarios a los Salmos* 147,12). Compromiso con los necesitados de nuestro mundo, educar en una necesaria austeridad, buscar ocasiones para compartir lo que somos y tenemos...

Conocer la espiritualidad agustiniana es ayudarnos como familia a educar a nuestros hijos, y aproximarnos a san Agustín es entrar en contacto con un fondo insondable de experiencias humanas.

San Agustín nace en un seno familiar de un cierto nivel social. Su madre Mónica era cristiana, su padre Patricio pagano. Mónica llevaba en la familia el liderazgo del amor y logró – a fuerza de oración, de esperanza y de fe – que su esposo y sus hijos abrazaran la fe cristiana.

San Agustín contempla el matrimonio como una vocación divina, un don de Dios: “Resulta, pues, que el matrimonio es, en todos los pueblos y entre todos los hombres, un verdadero bien” (*La bondad del matrimonio* 24, 32). Este bien del matrimonio se ve enriquecido con la presencia y educación de los hijos. Del mismo modo que se les enseña a caminar y hablar, hay que ayudarles a tomar las grandes opciones de la vida. Saber elegir desde criterios firmes, desde una visión trascendente de la vida, sin excluir ninguna de las vocaciones que existen en la Iglesia.

- ¿Conocéis la vida de san Agustín y la espiritualidad agustiniana? ¿En qué aspectos creéis pueden ayudaros a vuestra familia?
- ¿En qué medida concebís vuestra familia como *escuela de vocacional*?
- ¿Vivís un clima de fe donde las semillas vocacionales puedan encontrar las condiciones necesarias para germinar y crecer?

III. A NOSOTROS SE NOS OCURRE QUE...

Hace ya muchos años que, los que nos decimos católicos, estamos bastante preocupados por las vocaciones sacerdotales y religiosas. El lamento de Jesús sobre la abundancia de la mies y el número reducido de trabajadores, tiene hoy especial actualidad. Las campañas y estrategias vocacionales para hacer viva y presente la llamada de Dios a una vida de consagración parecen ineficaces. El mundo gira en sentido contrario a la gratuidad, las decisiones con carácter de perpetuidad, la disponibilidad sin condiciones.

En medio de la nebulosa del consumo impulsivo, del éxito rápido, del miedo a atarse para siempre, la familia está llamada a ser un faro de luz que permita ver el mañana con ojos ilusionados. No importa que – con frecuencia – haya que nadar contra corriente. Sirva como ilustración el siguiente texto de

Cristina, que recoge nuestro amigo José Sorando en su libro *La orientación vocacional* (Editorial CCS, 2000)

Ayer cuando me encontraba en la cocina preparando la cena, entró mi hija mayor. Me dio un pedazo de papel escrito. Apartando la comida del fuego y tomando el papel entre mis manos, comencé a leer:

Pesetas:

<i>Por haberme lavado los dientes durante toda la semana</i>	<i>7</i>
<i>Por ir a comprar el pan.....</i>	<i>3</i>
<i>Por traer el vino y la gaseosa.....</i>	<i>4</i>
<i>Por cuidar del hermanito cuando saliste con papá al cine.</i>	<i>15</i>
<i>Por ir a buscar las quinielas</i>	<i>7</i>
<i>Por tomarme las asquerosas medicinas</i>	<i>14</i>
<i>TOTAL:.....</i>	<i>50</i>

Había terminado de leer. Ella estaba tan tranquila moviendo su bolígrafo entre los dientes. Mientras la miraba, algo me hizo sentir una profunda pena. Y al mismo tiempo, una serie de recuerdos se agolpaban en mi mente. Tomándole el bolígrafo, di la vuelta al papel y comencé a escribir:

<i>Por nueve meses que duró tu gestación.....</i>	<i>REGALO</i>
<i>Por ese parto que ahora dicen sin dolor.....</i>	<i>“</i>
<i>Por las lágrimas que pude derramar</i>	<i>“</i>
<i>Por mis horas de desvelo e inquietud</i>	<i>“</i>
<i>Por los gastos del colegio y profesor.....</i>	<i>“</i>
<i>Por los objetos que rompiste de valor</i>	<i>“</i>
<i>Por la ropa que te compro sin cesar.....</i>	<i>“</i>
<i>Por los chicles, golosinas y demás.....</i>	<i>“</i>

Después de leer mi mensaje, tenía lágrimas en los ojos. Me abrazó muy fuerte y me dijo: “Mamá, te quiero mucho”. Tomó el papel de entre mis manos y en grandes letras escribió: REGALO. Regalo, regalo nada más, hija mía. Mi suma de amor te quiero regalar.

Yo nunca me fijo en la suma: ¡qué más da!

Cristina

¿Se entiende verdad? Valores como la gratuidad, la generosidad, la solidaridad, la donación sin medida..., se aprenden en la familia porque es la escuela por excelencia de valores. Y no tanto porque en ella se imparta una formación teórica sobre los mismos, sino porque se viven con plenitud en el día a día a través de tantos gestos sencillos que los padres realizan con sus hijos.

Igualmente – en este mundo marcado por la ausencia del silencio –, es en la familia donde encontramos el espacio propicio para hablar sosegadamente, compartir nuestros proyectos personales, nuestros fracasos y

éxitos, nuestras alegrías y tristezas, nuestros sueños y también nuestras inquietudes personales ante temas como el amor, la muerte, etc.

Es también en la familia donde podemos descubrir la presencia de Dios y aprender a hablar con él de forma espontánea. Cuando una familia incluye a Dios en su vida, encontrará siempre la fuerza y la luz necesaria para afrontar su proyecto común. Si Dios es importante para la vida familiar, cada día el amor compartido se renovará y de él brotará siempre un manantial fresco que ayudará a vivir siempre con alegría e ilusión. Dios fundamentará unos valores que den sentido a la existencia personal, de pareja y de familia.

Si los hijos crecen en un ambiente familiar así, será más fácil el descubrimiento de su vocación personal, ese sueño que Dios tiene reservado para cada uno de nosotros.

Pero a nosotros se nos ocurre que... *¿Y si alguno de los hijos dice que tiene vocación religiosa?*

-Mamá, pero es que el agustino de mi colegio me cae muy bien, y es muy bueno y yo quiero ser como él...

Este planteamiento – u otro parecido – hay que saber interpretarlo. No estamos ante una decisión cerrada y definitiva, pero tampoco se puede despachar como una cosa de críos, una ocurrencia infantil sin más peso. Hace falta abrir un canal de comunicación de doble flujo: por un lado escuchar con naturalidad y, por otro, acercar al interlocutor o interlocutora, a quien pueda ofrecer una orientación a todas las dudas y preguntas que puedan estar despertando.

Algo tan normal, constituye una pequeña tragedia en algunos ambientes familiares. Que un hijo o una hija planteen su posible vocación religiosa es una noticia inesperada y – con frecuencia – no deseada. Como si la respuesta afirmativa a la vocación religiosa fuera *desperdiciar* la vida. Naturalmente, si no se entiende la paradoja evangélica que *para ganar la vida hay que perderla*, tampoco es injustificable el escándalo.

Tampoco se puede descargar únicamente en los padres la responsabilidad que tienen en la orientación vocacional de sus hijos. La labor de acompañamiento y discernimiento debe sostenerse sobre tres pilares fundamentales: Dios, la familia y la orientación conveniente de otras personas. Dios es quien llama y elige según criterios que nadie conoce; los padres prestan el servicio de la escucha y del diálogo, y, finalmente, otras personas cualificadas para acompañar, evaluar y verificar el proceso vocacional.

Basta recordar la parábola del sembrador: *"Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino, pero vinieron las aves y se la comieron. Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó enseguida porque la tierra era poco profunda, pero cuando salió el sol se agostó y se secó porque no tenía raíz. Parte cayó entre*

cardos, pero éstos crecieron y la ahogaron. Finalmente otra parte cayó en tierra buena y dio fruto: un grano dio cien, otro sesenta, otro treinta" (Mt 13, 3-8).

Una de las misiones de toda familia cristiana es anunciar la Palabra de Dios y ser tierra buena y fértil. La llamada de Dios puede ser ahogada con respuestas tajantes o actitudes de rechazo. Es tan grande la libertad humana que hasta podemos amordazar a Dios. También podemos abrir los surcos de nuestra familia para acoger la llamada de Dios y favorecer su crecimiento.

¿Cómo hacerlo en familia? Vivimos en un mundo en continuo cambio y transformación, pero hay algo que no cambia. Los hijos están deseosos de valores auténticos que colmen su deseo de felicidad. "Todos deseamos ser felices", afirma san Agustín (*Sermón 53, 1*). Ser feliz – en el marco de una familia cristiana – equivale a descubrir mi papel y mi lugar en el mundo y en la Iglesia. La familia que educa en la fe, educa, al mismo tiempo, en la confianza, en la fidelidad a Dios y en la actitud de servicio a los demás. Por eso una familia creyente ofrece el clima donde puede surgir y llegar a plenitud la vocación religiosa.

En el hogar donde se habla de Dios, es normal que también Dios hable. Hay que comenzar, entonces, por la propia casa, preguntarnos con sinceridad si realmente Dios es importante para nosotros y estamos transmitiendo ese mensaje y esa experiencia a los hijos.

Hace ya un par de años, una familia nos contaba que al terminar el bautizo de su hijo, lo ofrecieron a la Virgen como era – y es – costumbre en algunos lugares. La pareja se miró y se dijeron: *¿Y si Dios lo quisiera para él?* A muchas familias cristianas esta pregunta les produciría un tremendo escalofrío. Entre otras cosas, quizá, porque se considera que los hijos son propiedad personal.

Las oportunidades para acercar a los hijos a Dios, o, mejor dicho, dejar que Dios se acerque a los hijos, son múltiples. La mayor dificultad radica en si realmente queremos que sea así o nos da igual porque lo importante hoy día son otros valores, otras opciones de vida, elecciones profesionales de mayor brillo.

Aquí tan solo se nos ocurren cosas concretas que, si queremos, todos podemos realizar:

- Qué mejor manera que empezar el día dando gracias a Dios, educando a los hijos en ser agradecidos con lo que son y con lo que tienen en casa. El poder levantarse y lavarse con agua limpia y caliente, desayunar, etc. No todo el mundo vive así. Dar gracias a Dios por comenzar un nuevo día, por abrir los ojos, por tener una familia.

- Algo un poco más complicado, tal vez, pero no imposible, es realizar este juego con los hijos. Lleva por título *El dado del amor*.

Por las mañanas, por ejemplo, cuando desayunamos junto a nuestros hijos, una vez cada uno, tiraremos el “dado del amor” al aire y veremos qué nos dice la cara del dado que quedó mirando hacia arriba y, eso que nos indique, tenemos que intentar vivirlo – todos – durante ese día.

Cada cara del dado puede tener frases como la siguiente:

- *Amar a mis hermanos y compañeros.*
- *Amar a mis padres.*
- *Amar a mis enemigos.*
- *Ayudar – amar – a los que me piden algo.*
- *Escuchar con atención – amar – a la maestra.*
- *Ser generoso – amar – con mis cosas y compartir lo que tengo.*

Todo esto tiene que tener una explicación previa de cómo se juega a este juego:

- *Entender que cuando decimos amar, estamos diciendo querer, ayudar, servir, a alguien.*
- *Dar ejemplos concretos de cómo se puede hacer realidad lo que nos indica la cara del dado.*
- *Al final del día nos contaremos las experiencias que hemos tenido al intentar vivir lo que se nos dijo por la mañana.*
- *Y lo más importante: todo esto lo hacemos por amor a Dios, porque queremos vivir como él nos lo pide, amando a las personas, así como Jesús nos amó y fue capaz de darlo todo porque nos ama.*

Este juego-disparador nos puede ayudar a poner a Dios en medio de todo y de todos, a que los niños se familiaricen con la idea del amor y de que tenemos que servir a los demás. Nos puede servir, incluso, para hablar de quién es Dios para nosotros, de lo importante que es hacer nuestros proyectos de vida de la mano de Dios, y que, tal vez, *dedicarnos a jugar a este juego toda la vida* es posible, si le decimos *sí* a Jesús y aceptamos seguirlo más de cerca y con especial dedicación.

- Un aspecto muy importante para los padres es la educación de los hijos. El buscar un colegio religioso – si es posible –, será una buena opción para una familia cristiana. La educación que reciba en un colegio religioso un hijo – no tan sólo por su formación académica sino sobre todo por la formación humano/cristiana –, ayudará al hijo a vivir unos valores que le acompañarán el resto de su vida. El colegio como agente subsidiario de la educación iniciada y orientada desde la familia.

- La participación familiar en actos litúrgico/religiosos – eucaristías, celebraciones... – es una clave a tener muy en cuenta. Siempre se ha dicho que la familia que ora unida, permanece unida. Por eso decimos también, que la familia que ora unida va descubriendo el proyecto personal que Dios tiene para cada miembro de la familia.

- Bendecir la mesa antes de las comidas. Una tradición que viene de muy lejos pero que hoy se va perdiendo. Dar gracias a Dios por los alimentos y bendecir – decir bien del otro – a aquellas personas que los han preparado, es de agradecidos y bien nacidos. El pan está mal repartido en el mundo y en pleno siglo XXI mueren muchas personas diariamente de hambre.

- Dialogar sobre diversos temas a raíz de una película que hemos visto juntos, un programa de televisión, una noticia que nos ha sugerido algo, son medios para ir creando una mentalidad cristiana.

- Orar en familia con algún pasaje de la Biblia. Acostumbrar a los hijos a rezar antes de dormir. Una breve acción de gracias por el día que hemos vivido con sus cosas buenas y sus cosas malas.

- Crear un cierto espíritu asociativo, formando parte de grupos de catequesis con motivo de la primera comunión, la confirmación, y motivarles para que – junto al inglés, el deporte y otras actividades –, también participen en grupos y actividades que les ayuden a crecer como cristianos. La fe tiene que ir creciendo con la estatura física y el desarrollo cultural de cada persona.

Estos aspectos, y otros muchos, pueden contribuir a crear una familia y un hogar cristianos. Si estos ideales los intentamos llevar a cabo en nuestra familia – con los vaivenes normales pero con la ilusión y el amor de un matrimonio cristiano convencido –, quizá nos encontremos con que algún día, un hijo o una hija pueda decir que tiene que confesar algo importante: *Desde hace tiempo ronda por mi cabeza y mi corazón la pregunta sobre la vocación a la vida religiosa...*

Entonces, ¿qué? Lo primero será dar gracias a Dios por el detallazo de darse un paseo por vuestra casa y haber hecho un guiño a uno de vuestros hijos. Es una bendición y no una desgracia ni una prueba de fe. Tampoco hay que abrir una botella de cava, desde luego. Es el momento de ofrecer cercanía, de hablar sin prisas, de escuchar, de rezar juntos... Y recordar que el Señor sigue barajando el listado de hombres y mujeres de todas las edades para ofrecerles una amistad singular, una *alianza*. Responder a esa llamada de Dios – todavía balbuciente – con generosidad, sin prejuicios, sin citar, inmediatamente, un largo capítulo de riesgos. Si obráis así, no dudéis que a Dios es difícil ganarle en generosidad y las matemáticas de Dios – eso del ciento por uno – siempre se cumplen sobradamente.

IV. CONCLUIMOS

La vocación religiosa es preocupación y tarea de toda la Iglesia. Decir que es un asunto que sólo debe preocuparles a los curas y a las monjas, es un inmenso error. ¿No queremos todos tener muchos y buenos profesionales de la medicina o de la educación? Y ¿puede ser irrelevante que las estadísticas de la vida religiosa y del sacerdocio se vayan adelgazando en esta nuestra vieja Europa? Necesitamos sacerdotes a la hora de la vida y a la hora de la muerte, necesitamos religiosas testigos de Dios en el mundo, necesita la

sociedad desorientada y confusa del siglo XXI, que san Agustín sea el amigo que acompaña y el maestro que enseña a pensar y a amar.

Día tras día, somos testigos de cómo la sociedad va cambiando de valores y paradigmas. En medio de estas grandes mutaciones se diluyen y hasta se pierden los valores cristianos. Nunca como ahora ha sido tan necesaria la voz profética de la familia cristiana. Podemos decir que también ella es una forma y estilo de *vida consagrada*, un pregón del evangelio de Jesús. ¡Manos a la obra!